

## CASTELAO, PRESIDENTE DE GALICIA

ARTURO CUADRADO MOURE  
(Buenos Aires)

¡Canta, oh Galicia a Alfonso Rodriguez Castelao, cuya tierra no cabe en su corazón!

¡Canta Galicia a Alfonso Rodriguez Castelao, cuya tierra está en tí!

¡Canta, oh Galicia a Alfonso Rodriguez Castelao, su Presidente inmortal!

Cruza el tiempo, ese tiempo implacable como una larga enfermedad, y Galicia de pronto despierta: viva, joven, cálida, una Galicia de combatir, de luchar y de vencer. Porque Galicia nunca ha sido vencida.

Son los días gloriosos del Estatuto de Galicia, junio del 36; había pensar, como si el tiempo se hubiese detenido en aquel primer momento que luchamos por la libertad de nuestro pueblo, en 1931; días de fiesta, días de esplendor, días de gloria, donde las altas montañas de Lugo hasta allá en la frontera de piedra de Finisterre, en la punta de Europa; desde el monte de Santa Tecla, ventana abierta al mar, hasta las montañas de la Curota y los márgenes del río Miño. En todo lo que tuviese así, una alta representación del paisaje de nuestra tierra. Elevado sobre la piedra de mi amor, la Berenguela, se extendía un fuego encendido en vísperas de alcanzar nuestra libertad; eran los días de San Juan; el pueblo había sido convocado para elegir la libertad o la opresión, o con Galicia o con España. Y ganamos el Estatuto por más del 90%.

¡Que lección ante el mundo!, en pocas partes del mundo se ha logrado así una cosa casi unánime del pueblo, que quiere ser gobernado por el mismo pueblo. Fiestas, alegría, este triunfo era. No tenía ni violencia: las manos aplaudían, las gentes sonreían, cantar, reír, vivir, íbamos a ser gobernados por nosotros mismos!. Al fin, teníamos nuestra nacionalidad en nuestras manos; no estábamos contra nadie, no, nuestras fronteras iban a ser amplias, sin límites; Galicia iba a desbordar a la misma Galicia en aquel día de las elecciones, allí donde estábamos los jóvenes ya iluminados, en donde se iba alcanzar lo que durante muchos siglos se estaba recabando: ¡que nuestro pueblo fuese nuestro!.

Muy cerca de aquí, en la mesa electoral, a la hora de cerrar las urnas, apareció una mujer, una anciana de luto, curtida, dura, implacable y pidió votar, en sus manos una papeleta blanca; no figuraba en los padrones, pero quería votar, ¿de dónde era aquella mujer? ¿gallega? ¿emigrante?. Y nosotros dimos paso, como una cosa prioritaria, el que ella pudiera allí expresar la voluntad anónima del pueblo de Galicia. Y cantó su voto "voto por Daniel, Presidente de Galicia".

Era el primer voto en donde se nos sometía a un estricto deber: el pueblo votaba por el Estatuto, pero también votaba por su Presidente.

Y el tiempo pasa, y el tiempo que es una larga enfermedad. Aquella mujer era la muerte, era el espectro de la muerte que anunciaba que todo se iba a terminar. Las fuerzas del mal estaban encadenadas para luchar contra nuestro pueblo, para que Galicia no alcanzase su libertad. Galicia tenía que ser tierra de esclavos, sin poder cantar nuestro idioma. Y no, 1936, hoy, después de 50 años de duro exilio, no es fácil ver sin dolor el exilio por amar a Galicia, cuando uno ha estado noblemente luchando por su pueblo; creo que es una injusticia estar condenados a vivir y a morir lejos de las raíces de uno.

1936, cuando miraba en el vuelo del avión, en ese mirar desde el cielo hacia la tierra, se vé el paisaje. Es curioso que desde las altas cumbres no se ve a los hombres, los hombres no existen, se ve el color de la tierra: gris, rojo, casi verde. Los hombres no están, se ven los ríos: se ve el Guadiana, el Guadalquivir, el Duero, el Tajo y no están los hombres. De prono el avión va bajando, se van encontrando las significaciones, se ve allá lejos la Giralda, la Alhambra, se pueden ver las torres de la catedral de Burgos, se ve el acueducto romano de Segovia, la catedral solemne de León, allá muy lejos la Catedral de Santiago, mi Berenguela, mi rosa mística de piedra, pero ¿dónde están los hombres?. Los hombres han desaparecido, los hombres matan a los hombres.

Va bajando el avión y está España, solar de locura. Lo primero que se ve son tres monumentos inmortales; no los hombres, no, sino a los animales. ¡que sensación de grandeza ver que un pueblo levanta sus monumentos a tres animales!

Allí vemos a Babieca, caminando por los campos de Castilla, caminando decididamente bajo la espada del Cid. Más allá se ve a Rocinante, todavía caminando, intentando descubrir, llevando sobre el, la inmensa locura, o sea, la gran dignidad también de todo español.

Ya por Andalucía hay un monumento más chico, un monumento donde esa gran humildad immortalizada. Es Platero, comiendo flores. Y no están los hombres, ya no están, se ha escrito recientemente la historia del mundo en 500 palabras, no hay nombres propios, los hombres todos desaparecen. En esa historia del mundo solo figuran tres nombres propios, no son seres humanos, son tres ciudades. La Inmortalidad está en la obra del hombre, en la conducta de los hombres, que immortalizaron tres pueblos. Naturalmente que una de esas ciudades es mi rosa mística de piedra.

1936, 15 de julio, la Comisión Nacional de la Autonomía de Galicia tiene en nuestras manos la libertad de nuestro pueblo, la ley fundamental de la autonomía. Acto solemne, allá en el Congreso, de las manos de Castelao, fueron depositados en la mano de D. Diego Martínez Barrio, acto severo, dos discursos precisos sin palabras de más. La tormenta se acerca. España va a ser un fuego contra la misma España, al terminar el acto, el momento en el cual las manos se estrechan para comprometerse para la libertad de nuestro pueblo, el Presidente del Congreso en un abrazo inolvidable dice "Castelao, Presidente de Galicia", ¡que conmoción!, ¡qué alegría!, que ya se nos viene este hombre, de una gran pureza y de un gran valor, a ser el Presidente elegido por el pueblo.

Día 16, el día de la Virgen del Carmen, día de descanso, día de impaciencia. Estamos en la Granja del Henar, solar de la Generación del 98, casa en donde allí se discutía, se exigía, en donde se nos exponían los conceptos. Estábamos reunidos un grupo de hombres que habíamos ido con el Estatuto de Galicia, 60 éramos la representación de nuestro pueblo ante el poder de Castilla; acompañábamos a Castelao al anochecer hasta su casa, él iba mirando los horizontes, no temblaba, había rumores tremendos en España, no sabíamos lo que iba a ocurrir. Miedo no, ¡valor!, había que luchar. Un pueblo que, en la puerta de la casa de Lister puso en mis manos una pistola, quedamos asustados y pregunté "¿para qué un arma? si tenemos el corazón". Este arma es necesario para servir, defender a Castelao, Presidente de Galicia.

1936, dieciocho de julio, nos recibe el Presidente de la república Española, ahí están los 60 hombres que forman la comisión. El Presidente de España va dando las manos uno a uno, va mirándonos como presintiendo la gran tragedia. En el discurso que hace Castelao, de pocas palabras, justas y concisas, exigiendo que España cumpla con la Autonomía de Galicia, la libertad del pueblo español en comunicación con el pueblo permanente y rebelde de Galicia. Azaña contestó con unas palabras limitadas, llenas de entusiasmo y de temor.

De aquellos 60 hombres de la Comisión Nacional de la Autonomía de Galicia, 58 fueron fusilados, ¡qué hermoso es morir!, murieron valientemente frente al piquete de ejecución, ¡fueron asesinados!, morían por Galicia.

Por ciertas razones particulares, Azaña me retuvo, quería que yo le contase los últimos momentos de la muerte de D. Ramón María del Valle Inclán, muerto en mis brazos, ¡casi me venían las lágrimas!, Azaña me escuchaba y sus palabras proféticas, altas y profundas, prueban la lección de que Castelao no solo va a ser Presidente de Galicia, sino que tiene categoría para ser Presidente de España, ¡qué magnífica lección del pueblo español, que esperaban que fuésemos los gallegos los que salvásemos a nuestra Patria, que salvaran a España!.

Días después los hombres van a matar a los hombres. Allí en la Gran Vía rugen con entusiasmo las juventudes, hombres de mayor edad, lucían en su brazo izquierdo dos banderas indestructibles, unidas, forjadas por la historia: la Bandera de Galicia y la bandera de España. Esto lo dibujó Castelao en uno de sus mejores cuadros, en donde están danzando la libertad de España, una mujer hermosísima, en donde están las dos banderas engarzadas, luchando por el pueblo.

Siguen flotando allí en los brazos de los heroicos hombres, de las milicias gallegas, "luchar y morir por Galicia", en aquella Gran Vía, las milicias gallegas izaban la gran bandera blanca y azul. Era como una convocatoria a defender los derechos de nuestro pueblo. Hace quizás hoy 50 años, que el comandante de aquellos hombres valientes, Enrique Lister, hombre de la construcción de piedra sobre piedra, como un campesino, o como un obrero, casi, luchaba por la defensa de Madrid, ¡había que morir en Madrid para defender a Galicia!.

Entre los muertos, Pablo Altorriente, cubano, el gran poeta de Cuba, Ese hombre era un soldado que luchaba por la Bandera de Galicia; asistimos a su entierro, un día de sol, trágico, nuestros hombres primeros que morían por la libertad de Galicia. Pablo Altorriente, cubano, y el otro, al ver la documentación com-

probamos que había sido un tal Fraga, ¿cómo es posible que Europa y América estén luchando por la libertad de Galicia?.

Sobre la tumba de uno de ellos Castelao depositó la bandera azul y blanca de Galicia y un soldado al preguntarme quién era ese hombre tan valiente, alto, como un pino, le dije "Es Castelao, Presidente de Galicia".

Morir en Madrid, 1937, Valencia. Dura la jornada de Valencia. Se intenta organizar inmediatamente nuestro Estatuto; había que ponerlo en marcha, no estaba muerto, estaba vivo, ardiente, hecho un fuego. Se celebra el día que nosotros llegamos una exposición de Arturo Souto, en aquella fecha iba un contingente de hombres de Galicia, de la mano, a rendir homenaje a uno de los artistas que más han hecho por la revolución de España y de Galicia. Cuadros inolvidables, repartidos por todo el mundo. Iba Castelao caminando, y llevaba a su lado un hombre poderoso, alto, con un gran sombrero; era un mejicano: Siqueiros, era el pintor de la Revolución Mejicana; a su izquierda llevaba a un chiquillo que parecía un tore-rillo, era Miguel Hernández; ¡qué hermoso que esa avalancha de Galicia no iba solamente a los gallegos, no!. Cuando hay que morir por la libertad, no se pregunta ¿dónde has nacido?, no, la muerte está por encima del nacimiento; nacer es como una casualidad, morir es una elección, nacer en Galicia es una cosa importantísima y es mucho más importante que los extranjeros mueran por Galicia.

Dos mujeres valencianas en la calle de la Paz preguntaron: ¿quiénes son esos tres?: un alicantino del Duela, un gran pintor de Méjico y el que va en el frente, como conduciendo toda esta columna hacia la libertad ¿quién es?. Es el Presidente de Galicia.

Barcelona, 1938. Antes de partir para Barcelona, se celebraba en Valencia el Congreso Internacional de Escritores. Todos los grandes escritores del Mundo estaban en Valencia; presidía los actos D. Antonio Machado.

Allí frente a la Albufera tenía su residencia, mar azul, cielo azul, blanca vela, (tan famoso soneto). Cambiar la pluma de poeta por una pistola de capitán, duro para un poeta tener que matar. D. Antonio Machado nos recibió en su residencia particular. Pablo Neruda, César Vallejo, Nicolás Guillén, Octavio Paz, González Tuñón, allí estaban a rendir homenaje al gran poeta de España, a Antonio Machado. Y estaba Castelao, impaciente, deslumbrado, recordando quizás a Finisterre, al Cantábrico y al Atlántico, besándose, cruzándose; allí frente al panorama tranquilo del Mediterraneo. Y al lado de Castelao se forjó ese poema inmortal de la paz que es "De mar a mar", del mundo. Se retiró D. Antonio y cuando aparece, no entregó un arma, no, no entregó una ametralladora o una pistola, a cada poeta la regaló un clavel, vivo ejemplo de la poesía, imatar no! y todos salimos con un clavel luciendo en la mano, ¡el clavel de la paz!, de la tranquilidad, de la independencia, del pueblo.

Se abrazó con Castelao y en ese momento indescriptible, Antonio Machado, hombre de Castilla, hecho permanentemente en Madrid o en Segovia, o en Soria, o en el mismo Baeza, ese hombre que nunca había visto el mar, se abrazó con Castelao y le dijo "Mi Presidente de Galicia". Así son los hombres, así son los grandes poetas.

Barcelona, 1938. Barcelona es para Castelao un lugar de reconstruir, nacen allí revistas gallegas, periódicos gallegos, y cerca del Ebro está el V Regimiento, están las milicias formadas para lograr el triunfo en España: ¡bamos a ganar la guerra!

El 25 de julio, era el paso del Ebro, "¡no pasarán!", y no pasaron, no, parte del ejército gallego estaba hacia el Norte, en el Segre. Y teníamos como jefe al General Galán, Paco Galán, ilustre hombre militar que murió también en Buenos Aires y fue velado en un solar gallego.

24 de julio, allí, ya celebrada la reunión de los diputados en Montserrat, aprobado el Estatuto en donde se reconocían nuestros derechos, en aquel alto Montserrat, los pinales cerca, el Mediterráneo atento, estábamos allí en la votación casi unánime por la libertad de Galicia. Cuando al final, las máquinas que funcionaban en el Monasterio eran movidas por manos gallegas, por soldados gallegos. El capitán que lo visaba todo, aquellas manos, aquellos obreros, era nada menos que D. Ramón Cabanillas. También padeció del exilio. Tuve la suerte de que fuese mi capitán ayudante.

Al terminar tan solemne acto, con la emoción de que ya estaba Galicia en vísperas de su independencia, porque íbamos a ganar la Batalla del Ebro. A Castelao se le regalaron los cuatro libros hechos en las imprentas nuestras de Cataluña, por los obreros gallegos, unidad en la inteligencia y en la sensibilidad.

Recuerdo a Castelao con aquellas cuatro joyas en sus manos, ¿qué hizo?, besó, muy fácil besar un libro, besa cuando sabe que el libro tiene un gran contenido político y social. Era la primera edición de "España en el Corazón" de Pablo Neruda. "España, aparta de mí este Caliz" de Cesar Vallejo. "La rosa blindada" de González Tuñón y "El viento en la bandera". Y Castelao, con aquellos cuatro libros para la libertad de España, la libertad primero de Galicia, depositó sus humildes labios besándolos, ¡había que besar a la libertad!

Dentro de los Pirineos, recuerdo que un monje benedictino, centenario, que estaba traduciendo la Biblia al catalán, preguntó "¿y quién es ese hombre, ese santo, que besa los libros con tanta emoción, devoción y pasión?". Es el Presidente de Galicia.

Veinticinco de julio. Companys, la Generalitat, hace un homenaje a Galicia. Estamos reunidos allí, en ese palacio solemne, secreto y hermoso que es la Generalitat. Lister, levantando su voz dice "Castelao, Presidente de Galicia", y Castelao, emocionado, contento, anuncia: "yo, cuando llegue a mi tierra, voy a comenzar a gobernar". Enrique Lister, una gran violencia, esa violencia que lleva en sus entrañas, golpeó las mesas y dijo: "¡no!, Daniel, antes que tu, voy yo a llegar a Galicia porque tu eres la ley y yo soy la justicia". ¡Qué hermoso oír este mensaje!, ¡la justicia antes que la ley!, después iba dejar gobernar, pero el tenía que estar allí, porque habían maltratado y mancillado su casa y ahogado a su madre, matado a su hermano, ¡no!, no.

Ya, Buenos Aires, Norteamérica, Cuba, Moscú. En el viaje a Moscú le acompaña Miguel Hernández, es curioso esa concomisión de dos poetas, de dos grandes artistas. Miguel adoraba mucho a Castelao. Desde Moscú escribe Castelao se puede decir que una ley internacional, esa carta, una carta fundamental que

el escribe desde Moscú a Prada, es una ley ya no de Galicia, ya no de Europa, es una ley del mundo. El enmarca así los principios universales de la paz y de la libertad de los pueblos, no, qué importa una libertad limitada de una región, de una nación, no, el hombre tiene que ser libre en todas las partes del mundo.

Esa carta que se ha publicado y se ha escrito y muchos la rifan de rodillas y la besan, es la libertad del hombre, la libertad del hombre cuando está permitida, es la libertad de los pueblos.

Estados Unidos, Cuba, Buenos Aires, va a París, tiene todos los honores, no pide nada. Manda esa famosa tarjeta desde New York. El no entiende los Estados Unidos, pone la Estatua de la Libertad en donde la antorcha ya está apagada, la antorcha es un helado que se derrite, que sigue derritiéndose, no, llega a Uruguay que lo recibe con una manifestación popular inolvidable. Buenos Aires abre sus puertas, sus corazones, ¡Llega el Presidente!, no solo ya de Galicia, llega también el Presidente de la quinta región de Argentina. Argentina es el quinto solar gallego, hecho por los emigrantes, por los exiliados, los exiliados servimos de muy poco, pertenecemos a una España peregrina sin corazón, no tenemos ni quizás fuerzas para saber llorar, no, somos implacables y si pensamos, injustos, sin poder ver mi rosa mística de piedra.

Va a morir unos días antes, abrazado a Suárez y a mí, en la calle Belgrano. Sueña, sueña en Rianjo. Es curioso, ve a Galicia, sí, ve a Galicia como una cosa imprecisa, que lo reclama, que lo necesita y no, ya en su gran testamento los jóvenes, para luchar por la libertad del pueblo están los jóvenes, pues al ver a los jóvenes pienso y veo que se cumple la misión y el testamento de Castela: ¡Qué los niños se acerquen a mí!, ¡qué los jóvenes sean los que vayan a levantar de nuevo la bandera de la independencia de este pueblo, la bandera blanca y azul!, esa bandera que yo tengo en un cuadro inmortal, de él, en donde una antorcha encendida, en ella está la mujer hermosa que vuela, que lleva en su mano una hoz, ¡no para matar!, sino para sembrar y cultivar y en vez del martillo que puede golpear, hay una estrella, y en la leyenda de ese hermoso cuadro nos deja un dogma que hay que cumplir y que dice: "La libertad de Galicia está por encima de todo".

Así hablaba el Presidente inmortal de Galicia: Alfonso Rodríguez Castela.